



Joan Fuster

## Azorín, el escritor y su tierra

08/05/2022 04:55

*(Este artículo de Joan Fuster se publicó en 'La Vanguardia' el 8 de junio de 1973).*

Tuvo que irse. Desde mediados del ochocientos, Valencia ya no pudo retener a sus escritores. La ciudad había sido, durante siglos, un centro intelectual denso y vivaz: en el XV, la mitad de la más conspicua literatura catalana perteneció a su vecindario; en el XVI, pese a la sangría de la emigración judeo-erasmista, aún conservó una gran efervescencia, entre indígenas —de Gil Polo a Guillem de Castro— y visitantes —Montemayor, Lope—; el XVII, pobre en literatura estricta, fue el tiempo de los «novatores», que abrieron el camino a la Ilustración; y el XVIII se distinguió por una docta fertilidad —don Gregorio Mayans al frente—, impensable en otras parcelas de la Piel de Toro. Con el Romanticismo empieza la «fuga de cerebros». El trabajo del escritor se «profesionalizaba» en un sentido nuevo, homólogo —o casi— al de cualquier otro oficio. Se evaporaban las antiguas posibilidades, o se las desdeñaba: el convento, la prebenda, el mecenazgo, el patrimonio personal. Incluso las cátedras perdieron su vinculación local. Y Valencia no daba mucho de sí, para ganarse la vida con la pluma. Teodoro Llorente se quedó porque era linfático y disponía de un periódico; Blasco Ibáñez aguantó mientras le sedujo la política municipal. Los otros, la inmensa mayoría de los otros, se marcharon. A Madrid, por lo general. Cuando le llegó la vez, José Martínez Ruiz no vaciló.



Azorín, en el Congreso de los Diputados, en 1927 (TVE)

Había nacido en Monóvar, al sur del País Valenciano, en los valles del Vinalopó. Estudió leyes en la Universidad de Valencia, y en las prensas de Valencia se imprimieron sus primeros escritos. Parece ser que colaboró en El Pueblo, diario inflamadamente republicano, que conducía don Vicente Blasco. En aquellos años de fines del XIX, el señor Blasco cultivaba el confusionismo político, y todo le parecía bueno con tal de que sirviese para minar «lo existente». «Lo existente» era el clero, la Monarquía y el Ejército. Martínez Ruiz, por entonces, se creía anarquista, y pudo muy bien encajar en el papal de Blasco. Al fin y al cabo, la «acracia» en que soñara el joven Martínez no tenía nada que ver con la amenaza militante de la Primera Internacional. Tampoco a don Vicente le gustaba el

«proletariado militante». Don Vicente se imaginaba como una especie de Marat o de Danton celtibérico, y nunca pasó de ahí: de ser un liberal oratorio y sudorosamente electorero. Azorín todavía firmaba con su nombre y sus apellidos, Dio al público unos cuantos opúsculos de relativa violencia verbal: pudieron pasar por «demoledores», y siguen siendo de buen leer. Pero con todo eso no había futuro. En El Pueblo no pagaban las colaboraciones, y los folletos rara vez fueron financiados por el propio autor. Mal negocio, pues. Y, además, la plataforma para la «fama», o el «prestigio», no podía ser más precaria: provinciana.

Tuvo que irse, y nunca más volvió. Los biógrafos de Azorín han detectado muy pocos «regresos» del «pequeño filósofo» a las tierras que le vieron nacer y crecer. Larga fue su vida, y sus excursiones al lugar de origen pueden contarse con los dedos de una mano, con el agravante de ser breves y por motivos accidentales. «Viajar», en la medida en que Azorín viajó, lo hizo por Castilla, por Francia. Y lo imprescindible. Se asentó en Madrid, y sólo se movió cuando se interpuso una u otra forma de fuerza mayor... Pero esto es lo curioso: en la obra de Azorín, 'las comarcas nativas están siempre presentes. Cuando digo «siempre», ya se prevé el énfasis: muy a menudo. Quizá sólo un par de libros respiran de lleno la identificación de Azorín con sus gentes y parajes. Uno de ellos, Valencia; el otro, inicialmente, se tituló Superrealismo, y luego, Libro de Levante. Eso de «Levante» se explica: el País Valenciano, hecho trizas por la historia—y me atrevería a añadir: hecho de trizas—, padece de una extraña crisis del propio gentilicio. El problema es demasiado complejo para abordarlo aquí. ¿Quién situaría a Miguel Hernández en un contexto «valenciano»? Y Orihuela teóricamente es área valenciana. De hecho, Hernández, como los Sijé, es un escritor murciano. Azorín, en cambio...

Convendría, una vez más, insistir en el asunto de la lengua. En Monóvar —Monòver— se habla el catalán, y aunque la familia Martínez Ruiz, acomodada y lingüísticamente mixta, emplease el castellano en su domicilio, los chicos tuvieron por idioma natural el de la calle. Don Amancio, el hermano de don José, pasó por autor de un gracioso librito dialectal, *Canyís i canyissaes*. Don José, cuando llegó a Valencia —sobrino como era de un renacentista rural y probablemente occitanoide por aquello del «lemosín»—, prestó atención a la maniobra de los liróforos vernaculares, y les endilgó unos cuantos sarcasmos. Calificó a Llorente de «ganimedes de Silvela» — ¡él, que, con los años, iba a ser «ganimedes de La Cierva»!—, y recusó a Lo Rat Penat como una chusca operación de bombos mutuos. Estaba en lo cierto, desde luego. Su desdén estaba justificado. Pero Azorín, totalmente «expatriado», no podía eludir el drama de su duplicidad idiomática. Púdico por temperamento, en este punto «confesó». « ¿Cómo escribirá quien ha pensado, niño, adolescente, con otros signos que el castellano?», se pregunta. « ¿Cómo escriben castellano los nativos de Valencia?», sigue. Y: «Cuestión ésta conmovedora para el autor de estas líneas. Para el autor de estas líneas tratar esta cuestión es como poner el pulpejo del dedo, todo lo delicadamente que se quiera, en una carne sensitiva, palpitante y dolorosa:..» El castellano de Azorín «depende de su catalán pueblerino y periférico. Y, por otro lado, esa débil, instintiva palpitación ancestral le lleva a congeniar con Yxart, con Maragall, y hasta con personajes menos fáciles de citar, sin olvidar la tradición «regional», de Ausias March a Eduard Escalante.

Azorín, en esta perspectiva, obliga a comparaciones: a compararle con unos cuantos «paisanos» memorables. Blasco Ibáñez, por supuesto; y Gabriel Miró; y, ¿por qué no?, don Federico García Sanchiz. La plantilla «levantina» se configura así. Y el contraste se impone, Blasco, Miró, Sanchiz, y el resto, tendieron a la hojarasca, al cotorreo, a ja hinchazón retórica. Lo que en Blasco fue elocuencia, en Miró era marquetaría onanista, y en el señor García resultaba charla, cháchara o charloteo. Me niego a admitir que los valencianos, por el simple hecho de serlo, estemos condenados a la facundia y al floripondio. No es cosa «étnica». Ausias March fue parco, literalmente epigráfico, en sus expresiones; Jaume Roig frustró la más prodigiosa de las novelas medievales por querer meterla en versos de cuatro sílabas, sincopados y lacónicos; el latín de Luis Vives, en opinión de los expertos, no es demasiado expansivo. Azorín pertenece a la familia valenciana de los comedidos, tan espléndida y esplendorosa, o más, que la otra. Para él, la palabra, cada palabra, era una aventura, o un reto, o un descubrimiento. O sea, todo lo contrario de Blasco, Miró o Sanchiz, que propendían al desahogo opulento, al juego lírico y a la vaciedad pura, respectivamente. La frase corta, el vocablo justo, la repetida reflexión sobre la frase y el vocablo, tan evidentes en Azorín, desmienten el tópico. Tópico capcioso, falso, en cuanto a su entidad geográfica: porqué en todas partes cocían habas.

Y sea como fuere en estos tiquismiquis estilísticos, lo que importa y pesa es la sorprendente «obsesión» azoriniana del «país». Usó y abusó de sus referencias, en algún momento emotivo. Hablando de los almendros —la flor como bandera—, no se quedó corto. «Los almendros crecen en Cataluña, en Valencia, en Alicante y en Mallorca. Los almendros son finos y se levantan sobre los blancos ribazos. En ninguna parte de España hay almendros bañados como éstos por una luz tan viva...» El período es, más que bonito, precioso, Y continúa: «La armonía, la eutimia maravillosa de la Grecia antigua, que desde Grecia han venido hasta aquí, serán imperecederas. Cataluña es Valencia, y es Alicante, y es Mallorca...» El texto pertenece a Una hora de España, si no me equivoco... Pero ¿qué eran esos simbólicos y apreciablemente políticos «almendros», para, el Azorín encastillado en Castilla? ¿Una nostalgia?... No lo creo. Si vale el matiz en los verbos, no es lo mismo «añorar» que «recordar». La «añoranza» — mossén Cinto la definió— supone un deseo de «volver». Azorín nunca quiso volver. Pero el recuerdo le condicionaba. En su retina quedó fijo un panorama emblemático: «blanco y azul». Insiste en ello: «blanco y azul». Monóvar no cae a la orilla del mar, y más bien tiende al ocre. Azorín, en definitiva, recordaba —«recuerdo» a secas— el blanco y el azul... Para su literatura, y para su conciencia, era suficiente. Quizá el secreto de Azorín sea eso: un aprovechamiento sistemático del recuerdo...

Temo excederme en la opinión. Desde el profesor Mulet al profesor Valverde, Azorín ha sido analizado a fondo, y muy circunspectamente. Echo de menos en ese examen la piedra de toque básica: el principio. Azorín se pasó la vida en la «emigración»: fuera de la realidad. Incluso cuando redactaba El chirrión de los políticos. Fue un transeúnte total. Pasa por ser un observador de la Castilla noventayochista. Puede que sí. Pero me inclino a aceptar que, de Castilla, Azorín prefería «ver» las nubes. ¿«Los pueblos»? Los entendió mejor don Pío: el mismísimo Madrid contemporáneo nos llega legado por Baroja, más que por Azorín. Para Azorín, todo eran nubes: neblinas. Los «clásicos» y el paisaje, fray Luis y Castelar. La Cierva y Companyns, Lope y Gracián, el padre Galiana y las «Alamanzas de las lenguas» de Viciano... Vivió de recuerdos... No de «añoranzas»: de «recuerdos». ¿Cuándo empezó, a «recordar», Azorín? «Niño, adolescente...» Yo apostaría que Azorín comenzó a ser viejo a los treinta años, o antes. Todo lo que le agobió después es perdonable: después de su Valencia —al menos— y de su escandalosa dedicatoria a don Antonio Tovar. Dedicataria bien merecida, para vergüenza de los valencianos... Sea como fuere, la impresión última es que Azorín fue un fantasma forzado a la grafomanía —al jornal de la escritura... Tuvo que ser «bizco» respecto a su país: se le desviaba el ojo, a ratos... Habrá que volver sobre Azorín desde premisas más primarias y mordientes, o remordientes.